

del rey de España, pues aquella era la voluntad del mismo Moctezuma. Quauhpopoca respondió que la voluntad del soberano de Méjico la conocia como nadie; y que si los extranjeros trataban de ir en defensa de los rebeldes, en el campo los esperaba.

La arrogante respuesta del jefe azteca y el acto alevoso cometido con los cuatro españoles, indignaron al gobernador Escalante. Reunió algunos escuadrones totonacos, y poniéndose al frente de cincuenta infantes españoles, de los menos enfermos, y de dos de caballería, marchó sobre las tropas de Quauhpopoca, llevando dos cañoncitos.

Desde el principio de la accion los totonacos, acostumbrados á mirar con respeto á los mejicanos, y menos expertos que ellos en el arte de la guerra, se desbandaron, huyendo del campo de batalla. Los españoles, no obstante de verse solos, continuaron el combate con un valor extraordinario, causando grande estrago con sus armas á los mejicanos. Era la primera vez que estos escuchaban el estruendo del cañon y de los arcabuces. Sin embargo lucharon con bastante decision; pero viendo los claros que dejaban las balas enemigas y la manera de atacar de los españoles, se retiraron intimidados á la ciudad de Nauh-tlan, conocida por los castellanos con el nombre de Almería, que se hallaba á corta distancia del sitio del combate. Los castellanos les persiguieron tenazmente y pusieron fuego á varios edificios, obligando á sus contrarios á continuar la fuga. Sin embargo la victoria fué costosa para los españoles. Herido gravemente el gobernador Juan de Escalante, la fuerza se detuvo á descansar un momento en la poblacion. Otros seis soldados se hallaban tambien

heridos, aunque no gravemente; y uno, llamado Juan Argüello, hombre robusto y de fuerza hercúlea, que temerariamente se habia lanzado en medio de sus contrarios, fué llevado prisionero, despues de haber recibido muchas y graves heridas.

Los españoles volvieron á la Villa Rica, donde murió, de resultas de sus heridas, el jefe castellano Juan de Escalante, á los tres dias de la accion.

El jefe azteca Quauhpopoca envió á Méjico al español hecho prisionero. Era Juan Argüello, como he dicho, hombre membrudo y de mucha fuerza; y tenia, segun Bernal Diaz, «la cabeza muy grande y la barba prieta y crespa». El objeto del jefe mejicano era que fuese sacrificado en la capital al dios Huitzilopochtli. Pero habiendo muerto de sus heridas en el camino, le cortaron la cabeza, que la presentaron á Moctezuma. El emperador azteca se llenó de pavor ante el imponente gesto de aquel rostro que aun parecia dotado de fuerza y de vida, y cuyas grandes barbas le daban un aspecto amenazador. Horrorizado de ver aquel severo semblante, en cuyos pronunciados rasgos creia leer la terrible profecia del derrumbamiento de su trono, apartó la vista, sobrecogido de espanto, de la amenazadora cabeza, y ordenó que no la ofreciesen á sus dioses en ninguno de los santuarios de la ciudad. Este hecho, sabido por los soldados de Cortés en los momentos en que circulaban los rumores de que se disponian los mejicanos á levantar los puentes de las calles, produjo una sensacion profunda. Todos juzgaban á Moctezuma un hombre de carácter falaz y doble, que trataba de adormecer con sus dádivas, para alcanzar sus sangrientos fines. Lo hecho

con los españoles de la Villa Rica, la conspiracion de Cholula y la acusacion que sobre él pesaba de haber mandado obstruir uno de los caminos, para destruir á los españoles en el otro, se presentaban ya como argumento incontestable de que se proyectaba una nueva conspiracion. Los soldados, preocupados con esta alarmante idea, creyeron ver un aire altanero en los encargados de proporcionarles los víveres, y aun creyeron notar disminucion en la cantidad de aves y de frutas. No se hablaba en el cuartel sino del peligro en que se hallaban. Una vez declarado Moctezuma contrario á Cortés, quedarian aislados en una ciudad rodeada de agua, sin víveres, sin embarcaciones para salir, y cercados de millares de enemigos por todas partes. Ningun auxilio debian esperar de la república de Tlaxcala; y respecto de los pueblos del valle, que se les habian manifestado adictos al creerles invencibles, se declararían contrarios para no despertar el enojo de su soberano.

Ante el inminente peligro que les amenazaba, perdian su prestigio los espléndidos regalos de Moctezuma así como los tesoros de Axayacatl, allí cerca encerrados; y hasta el alimento que tomaban, dice Bernal Diaz, iba acibarado con aquel pensamiento que alejaba el sueño de sus párpados (1).

No eran mas lisonjeras las ideas que se agolpaban á la mente de Cortés. Habian llegado á sus oídos los mismos

(1) «Y que mirase que con todo el oro que nos daba Moctezuma, ni el que habiamos visto en el tesoro de su padre Axayaca, ni con cuanta comida comiamos, que todo se nos hacia rejalgar en el cuerpo, é que ni de noche ni de día no dormiamos, ni reposábamos, con aqueste pensamiento.»—Bernal Diaz del Castillo.

sinistros rumores; y los hechos pasados que presentaban á Moctezuma como promotor, le hacian no confiar en las promesas del monarca azteca. Por otra parte, los dias pasaban y se hallaba á igual distancia del objeto que le habia conducido á la capital, como se halló en el momento de llegar á ella. No era posible que diese cima á la empresa de atraerse la adhesion del país, mientras no se encontrase en posesion de la capital. La voz del soberano azteca era escuchada con veneracion por el pueblo, acostumbrado á mirarle como á una divinidad. Esa voz podia hacer fracasar sus atrevidos planes, si se alzaba en contra de los españoles; pero podia realizar sus ensueños de gloria si conseguia, por algun medio, subordinarla á su voluntad. Las circunstancias eran críticas. La resolucion debia ser pronta y definitiva. El tiempo urgía. La tardanza podia traer funestas complicaciones. Temia que, de un momento á otro, apareciese en la costa alguna escuadra enviada por el gobernador de la isla de Cuba y le arrebatase lo que tenia á cortas varas de distancia, aunque se interponia en esa distancia una profunda sima que, á no salvarla con un salto atrevido, podia ser su tumba.

Hernan Cortés se propuso dar ese salto peligroso, que resolvía su gloria ó su ruina. Poco antes de emprenderlo, quiso consultar el proyecto que habia concebido con sus capitanes y con algunos de los soldados de recto juicio y sano criterio, que solian concurrir á las juntas, entre los cuales se hallaba Bernal Diaz del Castillo.

Reunidos todos, el caudillo español refirió brevemente las difíciles circunstancias en que se encontraban. Pintó con exactitud los peligros de que se hallaban rodeados;

refirió las alarmantes noticias que los tlaxcaltecas habian comunicado á Marina, relativas á las amenazas de los mejicanos; y sin indicar el pensamiento por él concebido, les dijo que manifestasen lo que convenia activar para hacer menos grave el peligro. De estamanagera, cualquiera que fuese la determinacion que se tomara, se hacia comun la responsabilidad, sin que nadie pudiera acusar á Cortés de arbitrario.

Las opiniones respecto de la medida que se debia tomar para conjurar la tempestad, ó si estallaba vencerla, fueron diversas. Solo en un punto estaban acordes oficiales y soldados; en que la medida, cualquiera que fuese la que se tomase, fuera pronta. Para unos, lo acertado era dar por terminada la supuesta embajada, con la admision de las ofertas hechas por Moctezuma, pidiéndole, en consecuencia, permiso para volver á Veracruz. Otros opinaban porque se abandonase la capital de noche, secretamente, sin dar lugar á que tomasen los mejicanos determinacion ninguna. Algunos juzgaron que lo conveniente era permanecer en la capital, sin darse por entendidos de los sucesos de la Villa Rica, y procurar conseguir de Moctezuma algunas ventajas antes de retirarse.

Despues de haberse discutido el punto suficientemente, tomó Hernan Cortés la palabra. Segun él, dar por concluida la embajada cuando nada se habia conseguido, y pedir licencia para retirarse, era confesarse temerosos al encontrarse enfrente de un poder que no esperaban; dar á conocer á Moctezuma la debilidad de sus huéspedes, para que, alentado á la vista de la cobardía de éstos, se decidiese á lo que acaso no se hubiera atrevido por

algun tiempo. No era, en su concepto, mas aceptable la salida de noche, pues ella equivalia á una fuga vergonzosa y aun mas expuesta á graves desastres, puesto que de esperarse era que los puentes se hallasen levantados desde la caida hasta la salida del sol, y guardados los puntos inmediatos por numerosas fuerzas. Respecto á procurar y conseguir algunas ventajas sin darse por entendidos de los sucesos de Veracruz, podia resultar que Moctezuma se negase á conceder lo que se le pidiese, si es que estaba resuelto á hostilizarles; y en ese caso, se tenia que pasar por la humillacion de su negativa absoluta, ó declararle la guerra; en cuyo último caso nada se habia adelantado. Entonces propuso un medio que, en su concepto, era el único que podia dar un resultado cumplido y satisfactorio: un medio que, por lo temerario, parecia absurdo, y que solo un espíritu sin miedo podia concebir confiando á su brazo el éxito. Resolucion atrevida habia sido penetrar con un puñado de hombres en una ciudad populosa y fuerte, á cien leguas de la costa, rodeada de vastas provincias y guerreros pueblos que se levantarían como un solo hombre á la voz de su soberano. Su temerario arrojó solo podia ya sostenerse con nuevos actos de audacia; y el que habia concebido, era uno de esos mas extraordinarios que la historia ha legado á la posteridad. Cortés propuso ir al palacio del emperador con unos cuantos capitanes; decirle que se le acusaba de haber dispuesto la muerte de los españoles enviados por Escalante al jefe azteca Quauhpopoca; y que, por tal motivo, pasase con ellos á vivir á su cuartel, mientras se descubria la verdad de los hechos. Si acce-

dia voluntariamente, bien; pero si se resistía, se emplearía la fuerza. Apoderarse de su persona era de todas maneras indispensable. Teniendo en su poder al monarca, nadie se atrevería á intentar un movimiento contra los españoles. Si accedía sin oposicion, los mejicanos creerían que había sido un acto espontáneo del soberano, por gozar de la compañía de sus huéspedes; y dejándole ejercer su soberanía, podían descansar sin temor y alcanzar las ventajas que se habían propuesto al acometer la empresa.

La idea de Hernán Cortés, que parecía mas bien creación de uno de esos héroes maravillosos de las leyendas de caballerías, que concepción meditada por un hombre pensador, fué acogida con entusiasmo por los mas distinguidos capitanes de su ejército, jóvenes de imaginación inflamable, dispuestos siempre á las empresas atrevidas. Juan Velázquez de León, Pedro de Alvarado, Diego de Ordaz, Gonzalo de Sandoval y otros no menos resueltos, se ofrecieron á ejecutar el atrevido pensamiento.

Aceptado el plan propuesto por Cortés, se aplazó la ejecución para el siguiente día.

Preocupado el caudillo español con el pensamiento que iba á ponerse en obra, no pudo entregarse al sueño; y toda la noche se le escuchó pasear de un lado á otro de su cuarto, esperando con impaciencia la luz del nuevo día.

Su gloria ó su ruina dependían del éxito que tuviese el atrevido golpe dispuesto.

¿Cuál sería el resultado de su disposición?

Los acontecimientos contestarán á nuestra pregunta.

CAPITULO IV

Prision de Moctezuma.—Es conducido á los cuarteles españoles.—Dice al pueblo que va por su voluntad.—Ejerce su autoridad como en su palacio.—Llega Quauhpopoca y los que tomaron parte en la muerte de los españoles.—Moctezuma les reprende y los entrega á Cortés.—Se les condena á ser quemados.—Se ejecuta la sentencia enfrente del palacio de Moctezuma.—Se le ponen grillos á éste durante la ejecución.—Después de terminada, le quita los grillos el mismo Cortés.—Opinion de algunos escritores sobre este hecho y errores en que han incurrido.

1519. La mañana del 7 de Noviembre se pre-
Noviembre 7. sentó clara y risueña.

Los soldados españoles, que habían pasado las primeras horas de la noche en oración, pidiendo al cielo que protegiese la empresa, se encontraban dispuestos para recibir las órdenes de su general (1).

(1) «Toda la noche—dice Bernal Díaz—estuvimos en oración con el Padre de la Merced, rogando á Dios que fuese de tal modo que redundase para su santo servicio.»